

Isaias 29.11-19

Sabemos que en Israel se construyeron dos templos.

Podemos imaginarnos el segundo templo: muy bellamente decorado.

Las piedras, grandes con la cual fue construido, se extraían de una cantera cercana, se moldeaban, se formaban y se arrastraban hasta la parte alta de una colina, hasta el lugar de la construcción.

Podemos imaginarnos que era impresionante. Una obra de arte arquitectónica. Después de todo, generaciones de fariseos habían descuidado el bienestar y el cuidado de sus padres para construirlo y ampliarlo. Su orgullo decoró ese templo.

El primer templo, el de Salomón, había sido aún más impresionante. Piedras más grandes, oro más puro, los pilares de cedro libanés, la seda y el brocado aún más elaborados. Pero hoy, los dos templos han desaparecido. Sólo el Muro Occidental del segundo templo sigue en pie. Se llama el Muro de las Lamentaciones... por razones obvias. Hasta aquí las tradiciones del templo y su culto.

III

Sin embargo, Nuestro culto puede ser a menudo una tradición vacía de nuestro templo humano.

Cuando leemos el libro de Isaias y luego los evangelios del Nuevo testamento, observamos que en ambas épocas, el pueblo de Dios convirtió sus templos en ídolos.

Se acercaban al templo físicamente, decían las palabras correctas con los labios, pero sus corazones estaban lejos del Señor (v. 13).

La hipocresía del culto ceremonial, la vida sin fe o el esfuerzo por la santidad son temas que aparecen en los profetas.

En Isaias 1, podemos leer:

“Jehová dice: Crié hijos, y los engrandecí, y ellos se rebelaron contra mí.

!!Oh gente pecadora, pueblo cargado de maldad, generación de malignos, hijos depravados! Dejaron a Jehová, provocaron a ira al Santo de Israel, se volvieron atrás.

¿Por qué querréis ser castigados aún? ¿Todavía os rebelaréis?”

Nuestro Señor desea no sólo las manos del hombre, sino su corazón -el órgano de la verdadera adoración- que se rinde no en la entrega de cosas, sino en recibir el perdón y la bendición del Señor. "En resumen, el culto del Nuevo Testamento es espiritual. Es la justicia de la fe en el corazón y el fruto de la fe.

Recordemos que, las fiestas, como la Pascua, atraían a grandes multitudes al templo, pero estaban vacías, y corruptas.

Los judíos llevaban las palabras de Dios como notas escritas en la frente de sus cabezas, las cuales decían literalmente, que no venían de un corazón arrepentido, ellos

“hacían todas sus obras para ser vistos por los hombres. Pues ensanchan sus filacterias, y extienden los flecos de sus mantos.” (Mt 23:5).

Por Isaias, sabemos que la Palabra del Señor se había convertido en un libro sellado para ellos;

¹¹ Y os será toda visión como palabras de libro sellado, el cual si dieran al que sabe leer, y le dijeren: Lee ahora esto; él dirá: No puedo, porque está sellado.

¹² Y si se diere el libro al que no sabe leer, diciéndole: Lee ahora esto; él dirá: No sé leer. (Is 29:11-12).

El Señor dio a conocer a su pueblo la destrucción que se realizaría. Sin embargo, Judá se negó a ver, incluso cuando Israel cayó ante los asirios. Por lo tanto, la profecía quedó "como las palabras de un libro sellado". Esto no es culpa de la Escritura ni de su predicación. La Palabra del Señor se ha cerrado a los que, por su impiedad, "aman más las tinieblas que la luz" (Jn 3,19).

El "velo de Moisés" cubre sus rostros (2 Cor 3,7; 4,3).

Afortunadamente para todos los que han creído, Jesús, el León de la tribu de Judá y el Cordero (Ap 5:5, 8-10; 6:1), ha vencido. Él puede abrir el libro sellado (Ap 5:5), y mediante su Espíritu actúa y activa el arrepentimiento y quita el velo (2 Cor 3:16).

Lo que ocurrió en los tiempos de Isaías y Jesús, es que, esa tradición vacía del templo hizo que la gente estableciera sus propios pequeños "templos", a saber, la idolatría del corazón.

Estaban "honrando y enseñando como doctrinas los mandamientos de los hombres" (Mc 7:7).

En los pasillos de sus templos del corazón, se creían más sabios (Sal 14:1) -más sabios que Dios, más astutos que su Palabra.

Nuestro Señor cita en el versículo del Evangelio (Mc 7,6-7) la palabra usada en griego: *matên*, "en vano", "para nada".

Lutero comenta sobre esto: "Con esta sola palabra abarca todo este capítulo y todo intento de los impíos, que se han crucificado celosamente con sus trabajos, que se ejercitan con vigiliass, 'que se acercan a Mí para conseguirme', y sin embargo se ciegan. ¿Por qué? Porque son hipócritas y santurriones".

Cada uno de nosotros tiene sus propios "templos del corazón", contruidos sobre nuestras tradiciones en lugar de la Palabra de Dios.

Nosotros somos tan astutos, que manipulamos a otras personas a realizar nuestros deseos, de una manera tan especial, que sea vista por todos los demás como algo bueno, espiritual, que le agrada a Dios, pero estos son solamente para llenar nuestros propios deseos mezquinos.

Cada uno de nosotros sabemos cuales son esas "cosas" que hacemos, que sellan el libro de Dios, que nos cubren con velo y no permite que veamos a Cristo.

II

Sin embargo, en algún momento, Dios destruirá dicha tradición y arrasará sus templos.

El pueblo de Dios no podía ocultar su maldad a la vista del Señor. Él vio su hipocresía.

Dios ve nuestra hipocresía (Mc 7:6). Nosotros somos incapaces de escondernos de Dios, y claro, seguramente nosotros también podemos ver nuestra hipocresía, si sólo miramos de cerca.

Seguramente nosotros también podemos reconocer nuestra hipocresía si nos fijamos bien.

Analícemos detenidamente lo que hacemos, y luego observar cómo reaccionan los que nos rodean, aquellos que no están influenciados por nosotros a menudo se apartarán porque ven la luz de la verdad de Cristo, ven nuestro egoísmo y nuestra falsedad.

Dios no se conforma con nuestras cosas, nuestras manos o nuestros labios. Quiere nuestros corazones. Así que Dios haría una cosa espectacularmente grandioso. Dios siempre es así, él realiza cosas espectaculares en nuestra propia vida.

Sabemos que, los enemigos arrasaron el templo construido, los babilonios el primer templo, Roma el segundo.

Esta es la maravilla de la ira divina. Como el pueblo no tiene el discernimiento de la Escritura y la Palabra, carece de fe y se niega a volver al Señor, éste lo destruirá por completo. La sabiduría de la época de Isaías era política: hacer una alianza con el militarmente poderoso Egipto contra los asirios. El Señor "perecerá" esa sabiduría mundana.

Dios, es tan maravilloso, que él mismo ejerció su ira contra su propia morada, que estaban usando con tanta hipocresía, Dios destruye todo lo que no le adora de verdad, donde la mentira prevalece, donde no hay perdón.

¡Nuestros "templos del corazón" merecen la destrucción eterna!

La única salida es el arrepentimiento y la fe.

Pero "el necio dice en su corazón: "No hay Dios"" (Sal 14,1). Pero, nadie puede ocultar sus planes al Señor. Él "mira desde el cielo" y ve que "todos se han desviado, juntos se han corrompido" (Sal 14,2.3).

El hombre pecador incluso pone las cosas al revés, presumiendo en la impiedad de cuestionar a Dios que lo hizo (cf. Jeremías 18; Rom 1,21).

I

Pero Dios también levantará con seguridad un nuevo Templo, que es su Palabra, lo que no es tradición vacía.

Jesús dice: "Para juicio he venido a este mundo, para que los que no ven vean, y los que ven se vuelvan ciegos"

De la penumbra saldrá la alegría; los pobres exultarán en el Santo de Israel.

Los sordos oirán las palabras del libro, y los ojos de los ciegos verán en medio de la oscuridad y de las tinieblas.

Cristo Jesús es el Santo de Israel.

Él es la tradición que nunca distrae de la Palabra de Dios, pues es el Verbo encarnado.

Él es el verdadero Templo hecho sin manos humanas, arrasado en su crucifixión.

Allí, el Padre hizo algo espectacular: entregó a su Hijo para destruir la sabiduría de los sabios y frustrar el discernimiento de los perspicaces.

Y él es el Templo resucitado.

Jesús es la verdadera tradición en la que la Iglesia se exalta.

En el libro de concordia leemos:

En resumen, el culto del Nuevo Testamento es espiritual, es decir, es la justicia de la fe en el corazón y los frutos de la fe. En consecuencia, abroga el culto levítico. Y Cristo dice "Los adoradores de verdad adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque el Padre busca a los que le adoran. Dios es espíritu, y los que lo adoran deben adorar en espíritu y en verdad". (Ap XXIV 27-28).

Amén.